

Relato de un naufrago

Gabriel García Márquez

CUCAÑA

Ilustraciones de Gianni de Conno



Separata
de muestra

 Vicenc Vives

Relato de un naufrago



Colección dirigida por
Francisco Antón

Gabriel García Márquez

Relato de un naufrago

Ilustraciones

Gianni de Conno

Notas y actividades

Jordi Ardanuy



Vicens Vives

AGRADECIMIENTOS

Editorial Vicens Vives desea agradecer a Mario Hurtado y a Lina Plata los esfuerzos llevados a cabo para conseguir las fotografías de Alejandro Velasco reproducidas en la sección final de este libro, así como al diario *El Espectador* la autorización para publicarlas.

Edición no venal, 2012

ISBN: 978-84-682-1106-0

Nº. de Orden V.V.: ER57

© GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ
Sobre el texto literario.

© JORDI ARDANUY
Sobre las notas y las actividades.

© GIANNI DE CONNO
Sobre las ilustraciones.

© VICENS VIVES PRIMARIA, S.A.
Sobre la presente edición según el art. 8 del Real Decreto Legislativo 1/1996.

Obra protegida por el RDL 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la LEY 23/2006, de 7 de julio. Los infractores de los derechos reconocidos a favor del titular o beneficiarios del © podrán ser demandados de acuerdo con los artículos 138 a 141 de dicha Ley y podrán ser sancionados con las penas señaladas en los artículos 270, 271 y 272 del Código Penal. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, incluidos los sistemas electrónicos de almacenaje, de reproducción, así como el tratamiento informático. Reservado a favor del Editor el derecho de préstamo público, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso de este ejemplar.

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Editorial VICENS VIVES. Avda. de Sarriá, 130. E-08017 Barcelona.
Impreso por Gráficas INSTAR, S.A.

Índice

Relato de un naufrago

La historia de esta historia 9

Capítulo I

Cómo eran mis compañeros muertos en el mar – Los invitados de la muerte 15

Capítulo II

Mis últimos minutos a bordo del «barco lobo» – Empieza el baile – Un minuto de silencio 26

Capítulo III

Viendo ahogarse a cuatro de mis compañeros – ¡Solo tres metros! – Solo 39

Capítulo IV

Mi primera noche solo en el Caribe – La gran noche – La luz de cada día – Un punto negro en el horizonte 47

Capítulo V

Yo tuve un compañero a bordo de la balsa – ¡Me habían visto! – Los tiburones llegan a las cinco – Un compañero en la balsa 58

Capítulo VI

Un barco de rescate y una isla de caníbales – ¡Barco a la vista! – Siete gaviotas 69

Capítulo VII	
Los desesperados recursos de un hambriento – Yo era un muerto – ¿A qué saben los zapatos?	79
Capítulo VIII	
Mi lucha con los tiburones por un pescado – ¡Un tiburón en la balsa! – Mi pobre cuerpo	87
Capítulo IX	
Comienza a cambiar el color del agua – Mi buena estrella – El sol del amanecer	97
Capítulo X	
Perdidas las esperanzas... hasta la muerte – «Quiero morir» – La raíz misteriosa	105
Capítulo XI	
Al décimo día, otra alucinación: la tierra – ¡Tierra! – Pero, ¿dónde está la tierra?	117
Capítulo XII	
Una resurrección en tierra extraña – Las huellas del hombre – El hombre, el burro y el perro	126
Capítulo XIII	
Seiscientos hombres me conducen a San Juan – Tragándose la historia – El cuento del fakir	137
Capítulo XIV	
Mi heroísmo consistió en no dejarme morir – Historia de un reportaje – El negocio del cuento	146
Actividades	155

Relato de un náufrago

que estuvo diez días a la deriva en una balsa sin comer ni beber, que fue proclamado héroe de la patria, besado por las reinas de la belleza y hecho rico por la publicidad, y luego aborrecido por el gobierno y olvidado para siempre

LA HISTORIA DE ESTA HISTORIA

El 28 de febrero de 1955 se conoció la noticia de que ocho miembros de la tripulación del destructor *Caldas*, de la Marina de Guerra de Colombia, habían caído al agua y desaparecido a causa de una tormenta en el mar Caribe. La nave viajaba desde Mobile, Estados Unidos, donde había sido sometida a reparaciones,¹ hacia el puerto colombiano de Cartagena,² adonde llegó sin retraso dos horas después de la tragedia. La búsqueda de los naufragos se inició de inmediato, con la colaboración de las fuerzas norteamericanas del Canal de Panamá, que hacen oficios de control militar y otras obras de caridad en el sur del Caribe.³ Al cabo de cuatro días se desistió de la búsqueda, y los marineros perdidos fueron declarados oficialmente muertos. Una semana más tarde, sin embargo, uno de ellos apareció moribundo en una playa desierta del norte de Colombia, después de permanecer diez días sin comer ni beber en una balsa a la deriva. Se llamaba Luis Alejandro Velasco. Este libro es la reconstrucción periodística de lo que él me contó, tal como fue publicada un mes después del desastre por el diario *El Espectador* de Bogotá.

1 La ciudad de **Mobile** (Alabama) dispone de un importante puerto marítimo y de astilleros. Para todos los topónimos mencionados en la obra, consúltese el mapa de la p. 155.

2 La ciudad colombiana de **Cartagena de Indias** fue fundada en la época colonial y cuenta con uno de los puertos más activos de la costa caribeña.

3 García Márquez ironiza a propósito de la misión del ejército estadounidense en el Canal de Panamá, pues considera el «control militar» como una de las «obras de caridad» que lleva a cabo en la zona.

Lo que no sabíamos ni el náufrago ni yo cuando tratábamos de reconstruir minuto a minuto su aventura, era que aquel rastreo agotador había de conducirnos a una nueva aventura que causó un cierto revuelo en el país, que a él le costó su gloria y su carrera y que a mí pudo costarme el pellejo. Colombia estaba entonces bajo la dictadura militar y folklórica del general Gustavo Rojas Pinilla, cuyas dos hazañas más memorables fueron una matanza de estudiantes en el centro de la capital cuando el ejército desbarató a balazos una manifestación pacífica, y el asesinato por la policía secreta de un número nunca establecido de taurófilos dominicales, que abucheaban a la hija del dictador en la plaza de toros.⁴ La prensa estaba censurada, y el problema diario de los periódicos de oposición era encontrar asuntos sin gérmenes políticos⁵ para entretener a los lectores. En *El Espectador* los encargados de ese honorable trabajo de panadería éramos Guillermo Cano, director; José Salgar, jefe de redacción, y yo, reportero de planta.⁶ Ninguno era mayor de treinta años.

4 El general **Gustavo Rojas Pinilla** (1900-1975) llegó al poder mediante un golpe de Estado en junio 1953. Un año después, el 9 de junio de 1954, tropas del ejército dispararon contra un grupo de estudiantes que protestaba por el asesinato de un compañero a manos de las fuerzas armadas, con el resultado de doce muertos. Por último, en enero de 1956, los asistentes a una corrida de toros abuchearon a María Eugenia Rojas, y, para vengar el honor de la hija del dictador, una semana más tarde la policía secreta golpeó con palos y lanzó por la gradería de la misma plaza de toros a quienes se negaban a aclamarla. En la agresión se produjeron un número de heridos y muertos jamás precisado.

5 Esto es, 'sin connotaciones o tintes políticos'.

6 El **reportero de planta** es el que forma parte del personal fijo de la redacción de un periódico y, por lo tanto, debe estar preparado para desarrollar cualquier tema que la actualidad le exija. Durante su etapa en *El Espectador*, García Márquez ejerció de reportero así como de comentarista cultural cinematográfico y editorial, dada la calidad literaria de sus artículos.

Cuando Luis Alejandro Velasco llegó por sus propios pies a preguntarnos cuánto le pagábamos por su cuento, lo recibimos como lo que era: una noticia refrita. Las fuerzas armadas lo habían secuestrado varias semanas en un hospital naval, y solo había podido hablar con los periodistas del régimen, y con uno de oposición que se había disfrazado de médico. El cuento había sido contado a pedazos muchas veces, estaba manoseado y pervertido, y los lectores parecían hartos de un héroe que se alquilaba para anunciar relojes, porque el suyo no se atrasó a la intemperie; que aparecía en anuncios de zapatos, porque los suyos eran tan fuertes que no los pudo desgarrar para comérselos, y en otras muchas porquerías de publicidad. Había sido condecorado, había hecho discursos patrióticos por radio, lo habían mostrado en la televisión como ejemplo de las generaciones futuras, y lo habían paseado entre flores y músicas por medio país para que firmara autógrafos y lo besaran las reinas de la belleza. Había recaudado una pequeña fortuna. Si venía a nosotros sin que lo llamáramos, después de haberlo buscado tanto, era previsible que ya no tenía mucho que contar, que sería capaz de inventar cualquier cosa por dinero, y que el gobierno le había señalado muy bien los límites de su declaración. Lo mandamos por donde vino. De pronto, al impulso de una corazonada, Guillermo Cano lo alcanzó en las escaleras, aceptó el trato, y me lo puso en las manos. Fue como si me hubiera dado una bomba de relojería.

Mi primera sorpresa fue que aquel muchacho de veinte años, macizo, con más cara de trompetista que de héroe de la patria, tenía un instinto excepcional del arte de narrar, una capacidad de síntesis y una memoria asombrosas, y bastante dignidad silvestre como para sonreírse de su propio heroísmo. En veinte sesiones

de seis horas diarias, durante las cuales yo tomaba notas y soltaba preguntas tramposas para detectar sus contradicciones, logramos reconstruir el relato compacto y verídico de sus diez días en el mar. Era tan minucioso y apasionante, que mi único problema literario sería conseguir que el lector lo creyera. No fue solo por eso, sino también porque nos pareció justo, que acordamos escribirlo en primera persona y firmado por él. Esta es, en realidad, la primera vez que mi nombre aparece vinculado a este texto.⁷

La segunda sorpresa, que fue la mejor, la tuve al cuarto día de trabajo, cuando le pedí a Luis Alejandro Velasco que me describiera la tormenta que ocasionó el desastre. Consciente de que la declaración valía su peso en oro, me replicó, con una sonrisa: «Es que no había tormenta». Así era: los servicios meteorológicos nos confirmaron que aquél había sido uno más de los febreros mansos y diáfanos del Caribe. La verdad, nunca publicada hasta entonces, era que la nave dio un bandazo por el viento en la mar gruesa, se soltó la carga mal estibada⁸ en cubierta, y los ocho marineros cayeron al mar. Esa revelación implicaba tres faltas enormes: primero, estaba prohibido transportar carga en un destructor; segundo, fue a causa del sobrepeso que la nave no pudo maniobrar para rescatar a los náufragos, y tercero, era carga de contrabando: neveras, televisores, lavadoras. Estaba claro que el relato, como el destructor, llevaba también mal amarrada una carga política y moral que no habíamos previsto.

7 El relato se publicó en días sucesivos a partir del 5 de abril en el diario vespertino *El Espectador*. El escritor interrogaba a Velasco cada tarde en la redacción del periódico y componía por la noche el capítulo que a la tarde siguiente aparecía publicado. En marzo de 1970 la editorial española Tusquets lo imprimió por vez primera en forma de libro y atribuido a García Márquez.

8 **estibar**: distribuir y asegurar debidamente los pesos y la carga en un buque.

La historia, dividida en episodios, se publicó en catorce días consecutivos. El propio gobierno celebró al principio la consagración literaria de su héroe. Luego, cuando se publicó la verdad, habría sido una trastada política impedir que se continuara la serie: la circulación del periódico estaba casi doblada, y había frente al edificio una rebatiña⁹ de lectores que compraban los números atrasados para conservar la colección completa. La dictadura, de acuerdo con una tradición muy propia de los gobiernos colombianos, se conformó con remendar la verdad con la retórica: desmintió en un comunicado solemne que el destructor llevara mercancía de contrabando. Buscando el modo de sustentar nuestros cargos,¹⁰ le pedimos a Luis Alejandro Velasco la lista de sus compañeros de tripulación que tuvieran cámaras fotográficas. Aunque muchos pasaban vacaciones en distintos lugares del país, logramos encontrarlos para comprar las fotos que habían tomado durante el viaje. Una semana después de publicado en episodios, apareció el relato completo en un suplemento especial, ilustrado con las fotos compradas a los marineros. Al fondo de los grupos de amigos en alta mar, se veían, sin la menor posibilidad de equívoco, inclusive con sus marcas de fábrica, las cajas de mercancía de contrabando. La dictadura acusó el golpe con una serie de represalias drásticas que habían de culminar, meses después, con la clausura del periódico.

A pesar de las presiones, las amenazas y las más seductoras tentativas de soborno, Luis Alejandro Velasco no desmintió una línea del relato. Tuvo que abandonar la Marina, que era el único trabajo que sabía hacer, y se desbarrancó en el olvido de la vida común.

9 **rebatina**: disputa por hacerse con algo.

10 Es decir, 'de aportar pruebas con las que fundamentar nuestras acusaciones'.

Antes de dos años cayó la dictadura y Colombia quedó a merced de otros regímenes mejor vestidos pero no mucho más justos,¹¹ mientras yo iniciaba en París este exilio errante y un poco nostálgico que tanto se parece también a una balsa a la deriva.¹² Nadie volvió a saber nada del náufrago solitario, hasta hace unos pocos meses en que un periodista extraviado lo encontró detrás de un escritorio en una empresa de autobuses. He visto esa foto: ha aumentado de peso y de edad, y se nota que la vida le ha pasado por dentro, pero le ha dejado el aura serena del héroe que tuvo el valor de dinamitar su propia estatua.

Yo no había vuelto a leer este relato desde hace quince años. Me parece bastante digno para ser publicado, pero no acabo de comprender la utilidad de su publicación. Me deprime la idea de que a los editores no les interese tanto el mérito del texto como el nombre con que está firmado, que muy a mi pesar es el mismo de un escritor de moda. Si ahora se imprime en forma de libro es porque dije sí sin pensarlo muy bien, y no soy un hombre con dos palabras.

G.G.M.

Barcelona, febrero de 1970

11 El dictador fue derrocado en mayo de 1957, y ese mismo año se firmó un pacto entre los partidos liberal y conservador para repartirse los cargos en la administración y alternarse en la Presidencia del Gobierno. Para el escritor, ese régimen estaba «mejor vestido» literal y metafóricamente, puesto que sus componentes eran civiles (y, por tanto, no lucían uniformes militares) y aceptaban supuestamente el sistema democrático.

12 En julio de 1955, tras haber recibido varias amenazas de muerte, García Márquez fue enviado como corresponsal a Europa. Allí desempeñó su labor periodística en Ginebra y Roma, y a finales de ese año se trasladó a París. A poco de llegar a la capital francesa, se enteró del cierre gubernativo de *El Espectador*, y al perder su empleo se mantuvo con dificultades gracias a su trabajo literario.

CAPÍTULO I

Cómo eran mis compañeros muertos en el mar

El 22 de febrero se nos anunció que regresaríamos a Colombia. Teníamos ocho meses de estar en Mobile,¹ Alabama, Estados Unidos, donde el A.R.C. *Caldas*² fue sometido a reparaciones electrónicas y de sus armamentos. Mientras reparaban el buque, los miembros de la tripulación recibíamos una instrucción especial. En los días de franquicia³ hacíamos lo que hacen todos los marineros en tierra: íbamos al cine con la novia y nos reuníamos después en Joe Palooka, una taberna del puerto,⁴ donde tomábamos whisky y armábamos una bronca de vez en cuando.

Mi novia se llamaba Mary Address, la conocí dos meses después de estar en Mobile, por intermedio de la novia de otro marino. Aunque tenía una gran facilidad para aprender el castellano, creo que Mary Address no supo nunca por qué mis amigos le decían «María Dirección».⁵ Cada vez que tenía franquicia la invitaba al cine, aunque ella prefería que la invitara a comer helados. Nos

1 Esto es, 'habíamos permanecido durante ocho meses en Mobile'.

2 Las siglas A.R.C. ('Armada de la República de Colombia') encabezan el nombre que se asigna a cada uno de los buques de la Marina colombiana.

3 **de franquicia**: de permiso, libres de servicio.

4 El nombre de la taberna (**Joe Palooka**) es el de un boxeador de ficción, protagonista de cómics y de seriales radiofónicos y televisivos, muy popular en Estados Unidos y en toda América entre los años 1930 y 1950.

5 Naturalmente, porque la palabra inglesa **Address** significa 'Dirección'.

entendíamos en mi medio inglés y en su medio español, pero nos entendíamos siempre, en el cine o comiendo helados.

Solo una vez no fui al cine con Mary: la noche que vimos *El motín del Caine*. A un grupo de mis compañeros le habían dicho que era una buena película sobre la vida en un barreminas.⁶ Por eso fuimos a verla. Pero lo mejor de la película no era el barreminas sino la tempestad. Todos estuvimos de acuerdo en que lo indicado en un caso como el de esa tempestad era modificar el rumbo del buque, como lo hicieron los amotinados. Pero ni yo ni ninguno de mis compañeros había estado nunca en una tempestad como aquella, de manera que nada en la película nos impresionó tanto como la tempestad. Cuando regresamos a dormir, el marino Diego Velázquez, que estaba muy impresionado con la película, pensando que dentro de pocos días estaríamos en el mar, nos dijo: «¿Qué tal si nos sucediese una cosa como esa?».

Confieso que yo también estaba impresionado. En ocho meses había perdido la costumbre del mar. No sentía miedo, pues el instructor nos había enseñado a defendernos en un naufragio. Sin embargo, no era normal la inquietud que sentía aquella noche en que vimos *El motín del Caine*.

No quiero decir que desde ese instante empecé a presentir la catástrofe. Pero la verdad es que nunca había sentido tanto temor frente a la proximidad de un viaje. En Bogotá, cuando era niño y veía las ilustraciones de los libros, nunca se me ocurrió que alguien pudiera encontrar la muerte en el mar. Por el contrario, pensaba

⁶ **barreminas**: o *dragaminas*, 'barco dedicado a localizar explosivos subacuáticos para desactivarlos'. **El motín del Caine** es una película norteamericana de 1954 en la que un capitán de barco neurótico y obsesionado por la disciplina provoca la rebelión (**motín**) de sus subordinados durante un huracán.

en él con mucha confianza. Y desde cuando ingresé en la Marina, hace casi dos años, no había sentido nunca ningún trastorno durante el viaje.

Pero no me avergüenzo de confesar que sentí algo muy parecido al miedo después que vi *El motín del Caine*. Tendido boca arriba en mi litera —la más alta de todas— pensaba en mi familia y en la travesía que debíamos efectuar antes de llegar a Cartagena. No podía dormir. Con la cabeza apoyada en las manos oía el suave batir del agua contra el muelle, y la respiración tranquila de los cuarenta marinos que dormían en el mismo salón. Debajo de mi litera, el marinero primero⁷ Luis Rengifo roncaba como un trombón. No sé qué soñaba, pero seguramente no habría podido dormir tan tranquilo si hubiera sabido que ocho días después estaría muerto en el fondo del mar.

La inquietud me duró toda la semana. El día del viaje se aproximaba con alarmante rapidez y yo trataba de infundirme seguridad⁸ en la conversación con mis compañeros. El A.R.C. *Caldas* estaba listo para partir. Durante esos días se hablaba con más insistencia de nuestras familias, de Colombia y de nuestros proyectos para el regreso. Poco a poco se iba cargando el buque con regalos que traíamos a nuestras casas: radios, neveras, lavadoras y estufas, especialmente. Yo traía una radio.

Ante la proximidad de la fecha de partida, sin poder deshacerme de mis preocupaciones, tomé una determinación: tan pronto como llegara a Cartagena abandonaría la Marina. No volvería a someterme a los riesgos de la navegación. La noche antes de partir

7 El marinero primero y el marinero segundo son los dos grados más bajos del escalafón de la Marina.

8 Esto es, 'trataba de serenarme, de dominar el miedo'.

fui a despedirme de Mary, a quien pensé comunicarle mis temores y mi determinación. Pero no lo hice, porque le prometí volver y no me habría creído si le hubiera dicho que estaba dispuesto a no navegar jamás. Al único que comuniqué mi determinación fue a mi amigo íntimo, el marinero segundo Ramón Herrera, quien me confesó que también había decidido abandonar la Marina tan pronto como llegara a Cartagena. Compartiendo nuestros temores, Ramón Herrera y yo nos fuimos con el marinero Diego Velázquez a tomarnos un whisky de despedida en Joe Palooka.

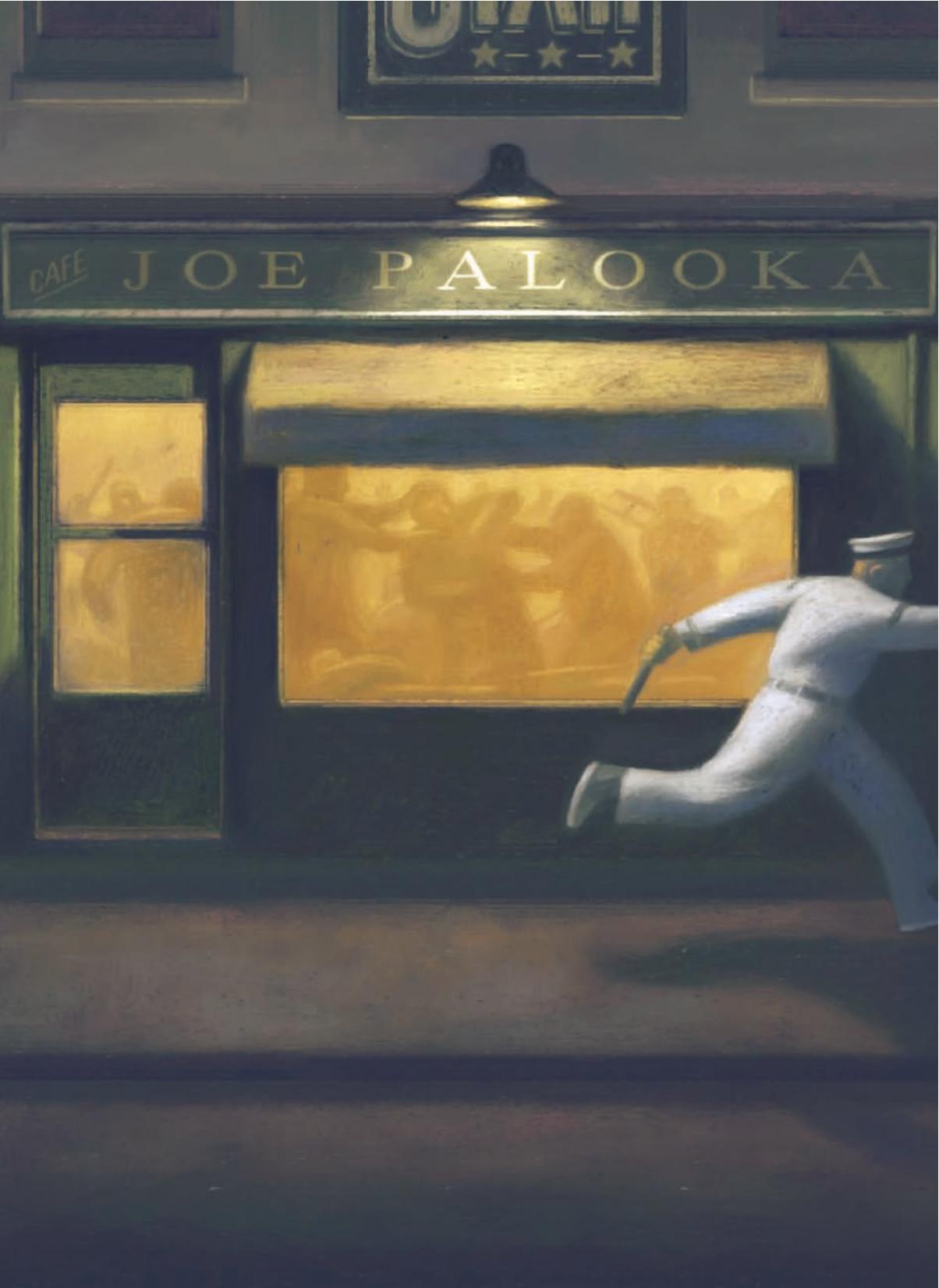
Pensábamos tomarnos un whisky, pero nos tomamos cinco botellas. Nuestras amigas de casi todas las noches conocían la noticia de nuestro viaje y decidieron despedirse, emborracharse y llorar en prueba de gratitud. El director de la orquesta, un hombre serio, con unos anteojos que no le permitían parecer un músico, tocó en nuestro honor un programa de mambos y tangos,⁹ creyendo que era música colombiana. Nuestras amigas lloraron y tomaron whisky de a dólar y medio la botella.

Como en esa última semana nos habían pagado tres veces, nosotros resolvimos echar la casa por la ventana. Yo, porque estaba preocupado y quería emborracharme. Ramón Herrera porque estaba alegre, como siempre, porque era de Arjona¹⁰ y sabía tocar el tambor y tenía una singular habilidad para imitar a todos los cantantes de moda.

Un poco antes de retirarnos, un marinero norteamericano se acercó a la mesa y le pidió permiso a Ramón Herrera para bai-

9 mambos y tangos son ritmos bailables provenientes, respectivamente, de Cuba y Argentina.

10 Arjona es una ciudad de la costa caribeña con abundante población afrocolombiana, muy aficionada a la música.



CAFE JOE PALOOKA

lar con su pareja, una rubia enorme, que era la que menos bebía y la que más lloraba —¡sinceramente!—. El norteamericano pidió permiso en inglés y Ramón Herrera le dio una sacudida, diciendo en español: «¡No entiendo un carajo!».

Fue una de las mejores broncas de Mobile, con sillas rotas en la cabeza, radiopatrullas y policías. Ramón Herrera, que logró ponerle dos buenos pescozones al norteamericano, regresó al buque a la una de la madrugada, imitando a Daniel Santos.¹¹ Dijo que era la última vez que se embarcaba. Y, en realidad, fue la última.

A las tres de la madrugada del 24 de febrero zarpó el A.R.C. *Caldas* del puerto de Mobile, rumbo a Cartagena. Todos sentíamos la felicidad de regresar a casa. Todos traíamos regalos. El cabo primero Miguel Ortega, artillero, parecía el más alegre de todos. Creo que ningún marino ha sido nunca más juicioso que el cabo¹² Miguel Ortega. Durante sus ocho meses en Mobile no despilfarró un dólar. Todo el dinero que recibió lo invirtió en regalos para su esposa, que le esperaba en Cartagena.¹³ Esa madrugada, cuando nos embarcamos, el cabo Miguel Ortega estaba en el puente,¹⁴ precisamente hablando de su esposa y sus hijos, lo cual no era una casualidad, porque nunca hablaba de otra cosa. Traía una nevera, una lavadora automática, y una radio y una estufa. Doce horas después el cabo Miguel Ortega estaría tumbado en su litera, muriéndose del mareo. Y setenta y dos horas después estaría muerto en el fondo del mar.

11 El cantante portorriqueño **Daniel Santos** (1916-1992) gozó de una extraordinaria popularidad en todo el Caribe durante las décadas de 1950 y 1960.

12 **juicioso**: serio y responsable; **cabo**: rango inferior entre los suboficiales.

13 Los miembros de la tripulación compraron electrodomésticos con el dinero de las pagas atrasadas que recibieron poco antes de abandonar Mobile.

14 **puente**: en un barco de guerra, ‘cubierta donde se encuentran los cañones’.

Los invitados de la muerte

Cuando un buque zarpa se le da la orden: «Servicio personal a sus puestos de buque». Cada uno permanece en su puesto hasta cuando la nave sale del puerto. Silencioso en mi puesto, frente a la torre de los torpedos, yo veía perderse en la niebla las luces de Mobile, pero no pensaba en Mary. Pensaba en el mar. Sabía que al día siguiente estaríamos en el golfo de México y que por esta época del año es una ruta peligrosa. Hasta el amanecer no vi al teniente de fragata Jaime Martínez Diago, segundo oficial de operaciones, que fue el único oficial muerto en la catástrofe. Era un hombre alto, fornido y silencioso, a quien vi en muy pocas ocasiones. Sabía que era natural del Tolima¹⁵ y una excelente persona.

En cambio, esa madrugada vi al suboficial primero Julio Amador Caraballo, segundo contra maestre, alto y bien plantado, que pasó junto a mí, contempló por un instante las últimas luces de Mobile y se dirigió a su puesto. Creo que fue la última vez que lo vi en el buque.

Ninguno de los tripulantes del *Caldas* manifestaba su alegría del regreso más estrepitosamente que el suboficial Elías Sabogal, jefe de maquinistas. Era un lobo de mar.¹⁶ Pequeño, de piel curtida, robusto y conversador. Tenía alrededor de cuarenta años y creo que la mayoría de ellos los pasó conversando.

El suboficial Sabogal tenía motivos para estar más contento que nadie. En Cartagena lo esperaban su esposa y sus seis hijos. Pero solo conocía cinco: el menor había nacido mientras nos encontrábamos en Mobile.

15 **Tolima** es un departamento de la región andina de Colombia.

16 **lobo de mar**: marinero muy experimentado.





Hasta el amanecer el viaje fue perfectamente tranquilo. En una hora me había acostumbrado nuevamente a la navegación. Las luces de Mobile se perdían en la distancia entre la niebla de un día tranquilo, y por el oriente se veía el sol, que empezaba a levantarse. Ahora no me sentía inquieto, sino fatigado. No había dormido en toda la noche. Tenía sed y un mal recuerdo del whisky.

A las seis de la mañana salimos del puerto. Entonces se dio la orden: «Servicio personal, retirarse. Guardias de mar, a sus puestos». Tan pronto como oí la orden me dirigí al dormitorio. Debajo de mi litera, sentado, estaba Luis Rengifo, frotándose los ojos para acabar de despertar.

—¿Por dónde vamos? —me preguntó Luis Rengifo.

Le dije que acabábamos de salir del puerto. Luego subí a mi litera y traté de dormir.

Luis Rengifo era un marino completo. Había nacido en Chocó,¹⁷ lejos del mar, pero llevaba el mar en la sangre. Cuando el *Caldas* entró en reparación en Mobile, Luis Rengifo no formaba parte de su tripulación. Se encontraba en Washington, haciendo un curso de armería. Era serio, estudioso y hablaba el inglés tan correctamente como el castellano.

El 15 de marzo se graduó de ingeniero civil en Washington. Allí se casó, con una dama dominicana, en 1952. Cuando el destructor *Caldas* fue reparado, Luis Rengifo viajó de Washington y fue incorporado a la tripulación. Me había dicho, pocos días antes de salir de Mobile, que lo primero que haría al llegar a Colombia sería adelantar las gestiones para trasladar a su esposa a Cartagena.

17 El departamento colombiano de Chocó tiene un extenso litoral marino, pero la mayor parte está ocupado por los espesos bosques de la selva ecuatorial.

Como tenía tanto tiempo de no viajar, yo estaba seguro de que Luis Rengifo sufriría de mareos. Esa primera madrugada de nuestro viaje, mientras se vestía, me preguntó:

—¿Todavía no te has mareado?

Le respondí que no. Rengifo dijo, entonces:

—Dentro de dos o tres horas te veré con la lengua afuera.

—Así te veré yo a ti —le dije.

Y él respondió:

—El día que yo me maree, ese día se marea el mar.

Acostado en mi litera, tratando de conciliar el sueño, yo volví a acordarme de la tempestad. Renacieron mis temores de la noche anterior. Otra vez preocupado, me volví hacia donde Luis Rengifo acababa de vestirse y le dije:

—Ten cuidado. No vaya y sea que la lengua te castigue.

Relato de un naufrago

El 28 de febrero de 1955, un furibundo golpe de mar hizo escorar el destructor colombiano *Caldas* y arrojó al agua a ocho tripulantes de la nave. Solo uno de ellos, el marinero Luis Alejandro Velasco, pudo alcanzar una balsa y sobrevivir en el mar Caribe durante diez días, sin agua o alimento alguno. Tras una larga serie de entrevistas con el naufrago, el joven **Gabriel García Márquez** compuso un fascinante relato en primera persona donde el heroico marinero explica las penalidades que sufrió y los peligros que hubo de correr hasta llegar, exhausto, a una playa cercana a Mulatos. En su increíble odisea, Velasco padeció un hambre y una sed atroces, estuvo expuesto a un sol implacable que le ampolló la piel, fue asediado cada tarde por voraces tiburones, se sobrepuso a una angustiada soledad y a continuas alucinaciones... Con un cautivador estilo periodístico, García Márquez dotó al relato de un intenso dramatismo, lo construyó con medidas dosis de suspense y le aportó algunas notas de humor e ironía que venían a reflejar, en palabras del escritor, «la inteligencia, el heroísmo y la integridad del protagonista».



Esta edición del famoso relato del Premio Nobel colombiano contiene unas utilísimas notas aclaratorias y una sección final de actividades donde se analiza la obra con pormenor. El relato, que ha sido ilustrado en color por el artista italiano **Gianni de Conno**, cuenta asimismo con un apéndice en que se explican las circunstancias de su creación y difusión, así como con un pequeño álbum fotográfico del naufrago.

 **Vicens Vives**

Av. de Sarriá, 130 • 08017 Barcelona
Tel. 93 252 37 00 • Fax 93 252 37 11 • e@vicensvives.es • www.vicensvives.es

